

CUARTA PARTE
EL TRIBUNAL DE LINCH

I

LA MISIÓN DE JAIME

Era Jaime uno de esos bretones de pura cepa, como sólo se encuentran en el corazón de la vieja tierra armoricana. Quiere esto decir que se distinguía por su tozudez incomparable y por su odio atávico — odio de raza — contra todo elemento civilizador.

Parecerá á muchos imposible lo que vamos á decir: pero es lo cierto que á orillas del Blavet, de la Rance y de la Vilaine, es fácil encontrar aún muchos tipos de esos para quienes las vías férreas son obra del demonio; que no han salido nunca de la casa, del establo mejor dicho, que los vió nacer, y que creen, como verdades inconcusas, las mil estúpidas fábulas que entre la gente del mar ó del campo, circulan acerca de la vida en las ciudades y de los peligros que éstas ofrecen.

En la alta como en la baja Bretaña, existen también ¡quién lo duda! infinidad de personas menos sencillas y menos crédulas, pero atacadas en cambio un extraor-

dinario amor por la patria chica, con menosprecio de la grande. Así por lo menos puede creerlo todo aquel que les oiga salmodiar su canto nacional, una antigua poesía en lengua galaica, que se canta con música quejumbrosa y dulce, inolvidable cuando se ha escuchado una sola vez.

Cualquiera que lea ó escuche esa tierna poesía, cuya música es tan melodiosa y pura que arranca lágrimas á los desterrados, como el famoso *Ranz de las vacas*, el aire pastoril suizo, hace llorar á los paisanos de Guillermo Tell alejados de su patria, cualquiera que la oiga, repetimos, pensará sin duda: « Esa es la voz de un pueblo de hombres de corazón. » Y se equivocará quien así piense. Se dice eso porque por regla general no se comprende el sentido de las palabras de ese canto maravilloso que los parisienses tararean desde hace mucho tiempo y que llaman el *Ananigous*, desnaturalizando así, sin darse cuenta de ello, el principio del primer verso celta.

Es de saber pues que, desgraciadamente, no hay oculto, tras ese lenguaje desconocido, ni queja amorosa, ni llamamiento alguno á la tierra natal ausente. Ese canto que deshonra á la orgullosa Armórica, es sencillamente, el *Ranz de los doblones*.

Aguzando el oído para recoger en él el lejano suspiro del terruño, deshácese el bretón en lágrimas: pero no por amor á la patria, ni por nostalgia amorosa, no; la palabra que humedece sus párpados es la palabra dinero.

— Si, el *Ann-hinigoz* es un antiguo canto judaico, que comienza así: Un joven, colocado entre dos mujeres, joven una y vieja otra, canta de este modo:

La joven es bonita,
la vieja, rica es;
con ésta, de seguro,
me casaré.

Eso es franqueza. Pues bien, si el principio de la poesía promete, conste que lo demás de ella es digno del principio, y el final lo mejor sin duda de todo el poema.

Los parisienses, no obstante su despreocupación en lo que á ese asunto del vil metal se refiere, no se atreverían á expresar su pasión por él en la forma descarnada en que se manifiesta en la antigua poesía bretona.

Como circunstancia atenuante puede mencionarse la real escasez de dinero que hay en Bretaña.

Natural es que el hombre desee y sueñe con poseer aquello que no tiene.

Sea como fuere, es lo cierto que el canto de referencia es de lo más indicado para hacer asomar, á los ojos de los bretones, lágrimas de... vergüenza.

Jaime, nacido en una aldea, Eparville, dependencia de la casa solariega del mismo nombre, hallábase más particularmente dispuesto que cualquier otro á detestar el mundo, sus pompas y vanidades, por la razón potísima de que con la leche de su madre había mamado el amor exclusivo, irrazonado, á la parcela de tierra que debía corresponderle más tarde, como herencia, cuando faltasen los autores de sus días.

Hallábase el hombre dotado de un tío, manco, quien hubo de dejarse olvidado un brazo en el campo de batalla de Balaclava, en Crimea. Solterón empedernido, este tío quiso rozarse un poco con la aristocracia y aceptó la plaza de mayordomo en el castillo, cosa de que hubo de arrepentirse más tarde, pues el desdichado perdió casi por completo la razón á consecuencia de un trágico acontecimiento que precediera á los funerales de la baronesa, y al traslado á París de la pequenuela Yvona, hija de la noble y desgraciada señora de Eparville.

Varias veces había oído Jaime delirar á su tío; en tales momentos el viejo narraba con frase entrecortada la escena trágica de que fuera testigo mudo, forzado é impotente; y al oírle, los cabellos del joven se erizaban y algo así como un calofrío de terror corría á lo largo de su médula. Entonces, en su cerebro de escasas luces se operaba un penoso trabajo de comparación, y como resultado del mismo deducía la consecuencia, no del todo falsa, de que la mayor de las locuras que podía cometer sería la de ir á buscar el bienestar, la riqueza ó las aventuras lejos de la aldea, de su parcela de tierra y sobre todo de su Noric, robusta aldeana á la que Jaime había

designado *in pecto* como futura madre de sus no menos futuros hijos.

¿Hemos dicho que á favor del tiempo la enfermedad mental del ex-mayordomo hubo de mejorar, y que sus momentos de lucidez se hacían cada vez más frecuentes y más largos? Creemos que sí: En todo caso, sépase ahora. Y sépase además que en esos momentos de lucidez el tío hubo de decir al sobrino más de una vez que un viaje á París en plazo próximo iba á hacerse necesario, y que nadie más que él, Jaime, podría desempeñar la misión de confianza, objeto del viaje.

Jaime, que no era tonto, hubo de pensar que, tonto su tío, no podía decir cosa alguna que no fuese una tontería. Aquello del viaje á París era, con seguridad, una chifladura más del pobre hombre. ¿Para qué hacerle caso?

Y he aquí que una tarde, más lúcido que de costumbre, el antiguo mayordomo de la baronesa de Eparville hizo llamar á su sobrino para decirle de buenas á primeras:

— Ha llegado la hora de partir.

— ¿Para dónde? — preguntó Jaime estupefacto.

— Para París.

Y sin darle tiempo ni para expresar su sorpresa ni para tratar de disuadirle de tan disparatado proyecto, el manco continuó diciendo:

— Ese viaje es indispensable. Va en ello, en primer lugar la vida de nuestra señorita, y en segundo lugar tu fortuna; porque has de saber que el marqués Trogoff no es hombre que deje impagado un servicio.

Este último argumento, particularmente interesante para cualquier bretón, lo era mucho más para Jaime. Herido en su fibra sensible, el joven sintióse lleno de benevolencia, y hasta hubo de parecerle que las palabras que acababa de pronunciar su tío denotaban en él una profunda y clara inteligencia. De eso á aceptar la proposición que se le hacía mediaba solo un paso.

— Está bien; — dijo ya en el camino de las concepciones. — Pero, ¿qué es lo que he de decir á ese marqués, tontón Kenec?

El veterano se llamaba Kenec á secas; pero los sobrinos de Bretaña tienen la irrespetuosa costumbre de traducir la palabra tío, por la de « tontón ».

— Un momento, — dijo éste mordiscando su bigote. — La cosa no es tan sencilla como tú crees. En primer lugar hay toda una historia, que no es de las más alegres que digamos y que te contaré en cuatro palabras para que puedas comprender el objeto de tu misión.

Estáme atento.

Hace algunos años, — la fecha importa poco, y además tú te harás un lío si quieres retener demasiadas cosas en la memoria — hace algunos años, cuando la señorita Yvona era aún muy niña, llegó cierto día al castillo de Eparville, del cual era yo mayordomo, un extranjero solicitando se le concediese hospitalidad. La cara de aquel hombre, mejor dicho, lo que podía verse de su cara, porque llevaba la frente casi cubierta por un mechón de cabellos que le caía hasta las cejas, me inspiró muy poca confianza, y si no le dije que siguiera su camino fué porque la baronesa me tenía recomendado que no rehusara la hospitalidad á nadie, que lo que es por mí... En fin, la infeliz señora era tan hospitalaria como caritativa. Bien caro lo pagó la pobre. ¿Quién había de decirle que precisamente la bondad de su corazón sería causa de su muerte?... ¿Qué era lo que te decía? Ah, sí, ya sé! Las órdenes de la señora... Bueno, pues por cumplir esas órdenes, y en ausencia de la señora que se hallaba retirada en sus habitaciones, hice servir al extranjero en el comedor y que le diesen después un cuarto. Cuanto á mí, en vez de acostarme en el mío, me eché en un canapé, en la antecámara de la señora, dispuesto á velar su sueño. No sé qué presentimiento tenía yo entonces de que algo iba á ocurrir. Pero el hombre propone, Jaime, y el diablo dispone. Figúrate que apenas echado en el canapé se apoderó de mí un sueño invencible. ¿Había bebido más de lo justo, brindando con el extranjero? Tal vez. El caso es que me dormí como un bendito. De pronto, me despertó un dolor agudo en la mano...

— Vaya, — pensó Jaime, — ya va á colocarme otra vez la historia de la alacena. Por lo visto el pobre viejo no está tan curado como yo creía.

El ex-mayordomo continuó:

— Como mi brazo colgaba fuera del canapé, la mano

descansaba en el suelo. Adormilado como estaba, al sentir el dolor iba á volverme contra la pared para continuar el sueño, cuando una sombra se interpuso entre mis ojos medio abiertos y la línea de luz que pasaba por debajo de la puerta del cuarto de mi ama, al mismo tiempo que llegaba distintamente hasta mi oído el rumor que produce un cerrojo al ser retirado de su tuerca. Me asusté, la verdad. Más aún, el espanto heló mi sangre en las venas; ya ves que no me da vergüenza confesarlo. En aquel instante me acordé del extranjero de la mecha en la frente y de los presentimientos que motivaron el que yo me hubiese acostado allí, y comprendí que acababa de salvar el pellejo milagrosamente. Como lo oyes; el huésped, que marchaba á obscuras, estaba bien lejos de sospechar mi presencia en aquel sitio. ¡Digo, si llega á enterarse de que me había pisado la mano! Porque después comprendí que el dolor que me despertó fué el del pisotón... En fin, no obstante el miedo que me embargaba aún por el peligro que acababa de correr, me incorporé sin hacer ruido, y seguí al malechor que acababa de entrar en el cuarto de la condesa. Conociáse que el hombre había premeditado su visita nocturna, y calculado que nadie llegaría á molestarle, ni aún la misma señora. ¡Qué había de molestarle la pobre, si estaba en lo mejor de su sueño! El extranjero se coló en el cuarto como Pedro por su casa, y apenas si se tomaba la molestia de ahogar el ruido de sus pasos. Aprovechándome de esa confianza que parecía tener en el éxito de su empresa pude seguirlo de cerca, y ya tenía el puño levantado para aturdirlo de un golpe, cuando sin saber de dónde me venía cayó sobre mi cara algo así como un velo de sangre, y caí al suelo, como una masa, lanzando un grito ahogado. El extranjero habíase vuelto con la rapidez del rayo, cuando yo menos lo esperaba y me había herido en la cabeza con el mango de un puñal de forma extraña que yo no pude ver antes entre sus manos. Fué tan formidable su ataque, que me hizo un boquete en el cráneo...

— Sí, vamos, le abrió á usted una ventana por donde se le fué después el juicio: — observó Jaime con evidente falta de respeto.

El veterano movió la cabeza, la desnudó de su gorro de algodón, y dijo á su sobrino:

— Toca, toca aquí... y dime si no había para matar á un buey.

Jaime miró y tocó, porque la confianza que su tío le inspiraba era tan limitada como la que en Jesús tenía Santo Tomás.

— Sí que fué golpe; — dijo con aire de convicción. Kenec sonrió.

— Como ves, está bien cicatrizada la herida. La ventana se ha cerrado, pero después de la vuelta del juicio, aunque parece que lo dudas. ¿Puedo continuar? ¿No tienes más observaciones que hacerme?

El escepticismo de Jaime parecía bastante quebrantado. Mil veces había oído ya la historia que su tío le contaba en aquel momento; pero referida sin ilación, en frases entrecortadas, algunas incoherentes, en forma tal en fin que se precisaba haber estudiado mucho al viejo para dar á sus palabras su verdadero sentido. En cambio aquella tarde parecía expresarse con facilidad, con ilación perfecta en el discurso y ¡cosa extraña en él! hasta aceptaba la discusión.

Y sin embargo, era el mismo hombre á quien el día antes llamaban aún en el pueblo, « el pobre idiota ».

No acertaba Jaime á explicarse un tan rápido cambio, ni comprendía cómo pudo operarse en tan breve espacio de tiempo la vuelta completa á la razón de un cerebro extraviado durante largos años.

— Dos cosas hay que no acierto á explicarme, tontón Kenec, — dijo á su tío. — Si usted iba tras del extranjero, ¿ cómo pudo verle él? ¿ Y cómo se las arregló usted para ver que el puñal tenía una forma extraña si el golpe fué tan rápido como dice?

— ¡ Pues ahí verás! — replicó el ex mayordomo sin desconcertarse. — Si fuera posible pensar en todo no sucederían más de cuatro cosas... El miserable me vió en un espejo, colocado precisamente enfrente de la puerta. Cuanto á la forma del puñal, has de saber que no la ví al caer, sino algo más tarde.

Verás. Mi grito despertó á la baronesa de Eparville, que sentada en la cama miraba al extranjero con horror

indecible. El hombre debió creerme muerto, y tomándose por los hombros me arrastró hasta una alacena en la que me dejó encerrado. Claro es que si hubiera estado muerto, no podría contarte ahora lo que te cuento. Estaba sí como atontado. Pero si el horror de la escena que ocurrió después sumado á la gravedad de mi herida, debía ser causa de que mi razón flaquease más tarde, conste que en aquel momento yo estaba capacitado para ver, oír y comprender, cuanto ocurría cerca de mí.

Lo horrible, lo verdaderamente horrible es que me era de todo punto imposible hacer el menor movimiento. Yo estaba entonces como esos catalepticos que asisten á veces en estado de letargia á su propio entierro sin que les sea dable el impedirlo. No puedo asegurar lo que voy á decir, pero creo que sin mi presencia, que le obligó á cometer un primer delito, tal vez el miserable hubiese respetado la vida de la señora baronesa. Lo digo por lo que mis ojos vieron por una hendedura de la puerta de la alacena y por las palabras que llegaron clara y distintamente hasta mis oídos.

— Señora, — dijo el extranjero volviéndose hacia la cama, en la que seguía sentada la baronesa, como anes-
tesada por el miedo; — al entrar aquí esperaba poder apoderarme de un poco de dinero que me hace mucha falta, sin tener necesidad de turbar su sueño. Por desgracia para usted ese imbécil de criado se ha metido donde nadie le llamaba, y la ha condenado, porque por mucho que lo sienta, no me es posible dejar con vida ningún testigo de mis actos.

El sudor de la agonía mojó mi frente al oírle hablar de aquel modo.

Sin verlos, adivinaba yo los esfuerzos que la pobre señora debía hacer para gritar, sin conseguirlo, por supuesto.

Pocos momentos después la pobre estaba muerta, y yo había perdido el conocimiento. Sin embargo, tuve tiempo de ver el cuchillo extraño cuyo mango me hizo este agujero en el cráneo y cuya hoja acababa de segar la garganta de mi señora.

Oyeme bien, Jaime, y graba en tu memoria cada una de mis palabras, para que puedas repetir las al marqués.

Antes déjame que te diga que el marqués Trogoff de Kerbiroët es un hombre de gran corazón. Si te dijera que cada hora de su vida está marcada por una buena acción no habría en ello exageración alguna. Es rico, muy rico, y por lo tanto poderoso. Esto, y su costumbre de socorrer á los oprimidos y combatir á los opresores hace que sea tan adorado de aquéllos como temido por estos últimos. Por ser ese hombre como Dios lo ha hecho es por lo que yo le he escogido para que se oponga á la unión infame que se proyecta entre la señorita Yvona de Eparville y el matador de su madre.

Jaime dió un respingo al oír estas palabras. No es que le interesase mucho Yvona, á la que no conocía ni aún de nombre; pero sorprendíase de lo mucho que su tío parecía saber y pensar, dado el escaso tiempo que llevaba en la plena reintegración de sus facultades mentales.

— ¡ Demonio, demonio! ¿ Y cómo sabe usted todo eso? — preguntó ansioso.

— Escucha; — siguió diciendo el manco. — La Providencia tiene á veces la delicada atención de enconderse tras de nuestras propias acciones; pero nosotros somos tan estúpidos que ni siquiera lo sospechamos. Eso es lo que ha sucedido con la señorita Yvona. No que ella sea tonta, que no lo es, sino que me ha proporcionado, sin darse cuenta de ello, el medio de salvarla vengando al mismo tiempo á su madre. ¡ Pobre señorita! Aunque hace ya muchos años que la sacaron de aquí para llevarla á París, aun se acuerda del tío Kenec. ¿ No se ha de acordar, si no ha dejado de escribirme un solo mes desde que se fué? ¡ Por algo la he tenido yo sobre mis rodillas cuando era pequeñita! Pues bien, la lectura de su última carta es lo que me ha impresionado hasta el punto de hacerme recobrar la razón por completo. No te rías, no, que es así. En esa carta me hace la señorita el retrato del hombre que su tía le destina para marido. Y ese retrato, ¡ asústate! no puede ser más parecido á mi verdugo. Quieren casarla con el hombre de la mecha en la frente. ¿ Has visto una cosa más horrible?

— Sí que es fuertecita; pero en fin, hasta ahora no me ha dicho usted qué es lo que hay que decir á ese señor marqués que ha de hacer mi fortuna.

Como se ve, Jaime no había retenido de toda la historia más que la frase con que comenzara el viejo su relato: esto es, que siendo como era rico y generoso el marqués, todo hacía suponer que recompensaría, y espléndidamente, la comisión que para el mismo se le confiaba.

— Pues le cuentas todo lo que acabas de oír, — añadió el ex mayordomo, — sin olvidar una sola palabra. Además, y esto tiene mucha importancia porque puede servir para identificar la personalidad del asesino, dile que el cuchillo de que se sirvió ese hombre para matar á mi señora es un arma enorme, de hoja encorbada con mango de cuerno incrustado de plata.

— Bueno está, — gruñó Jaime con fingido mal humor, — sabrá el marqués todo eso y más aún si usted quiere. Pero la verdad es que maldita la necesidad que hay de hacer un viaje tan largo para tan poquita cosa. ¿No le puede usted escribir, tontón?

Kenec se hizo el sueco á las jeremiadas de su sobrino, sabiendo que no eran después de todo más que un tácito llamamiento á su generosidad.

— Claro es que no saldrás de aquí sin saber á dónde vas; — dijo entregándole un periódico, en una esquina del cual había escrito la dirección del marqués. — Ahora espábilate y procura venir cuanto antes para darme cuenta del resultado de tu misión. Conque venga un abrazo, y en marcha, que se hace tarde. Como París está más cerca que América, no hay necesidad de que te cargues de equipaje; sin embargo, ahí tienes eso para guardarte del sol y de la lluvia.

Y esto diciendo Kenec presentaba á su sobrino el monumental paraguas rojo que poco después debía causar la admiración de los parisienses.

Jaime recibió con exclamaciones de júbilo el vistoso y útil regalo del viejo, y tío y sobrino dirigiéronse al punto hacia la casa de un cortijero que debía prestar su carro para conducir á Jaime hasta la más próxima estación.

Ya en marcha en carro, Kenec creyó de su deber recomendar á su sobrino, por milésima vez, que se espábilase.

— Y si pierdes la dirección que te he dado — añadió — pregunta allí. El marqués debe ser conocido de todo el mundo.

Nuestros lectores saben ya que el muchachote perdió la dirección, como su tío lo presintiera, y que tuvo la insigne torpeza de dirigirse á la baronesa Lampessadas para que ésta le ayudase en sus investigaciones. Y si pudo al fin librarse de las garras de la voluminosa señora fué gracias á los servidores del marqués con los que hubo de encontrarse en el baile de la Ópera. Su visita á la baronesa se explica fácilmente. En el tren, durante el trayecto, habíase entretenido Jaime en deletrear el periódico que le entregara su tío. En él hubo de leer el fantástico anuncio de la baronesa, y una vez en París la casualidad condujo al mozo, sin saber cómo, hasta el domicilio de la anunciante, en el que, prisionero en cierto modo, aunque bastante satisfecho de su suerte, iba ya olvidando más de lo debido el objeto de su viaje á París.

Afortunadamente para la pobre Yvona, el marqués Trogoff y Ali-Akmet habíanse declarado, aun cuando embozadamente aún, enemigos del conde de Corpo-Santo, cuyos crímenes conocían, excepción hecha del de la casa solariega de Eparville, precisamente el más grave en aquellas circunstancias. De no ser así, de nada habría servido la misión confiada á Jaime, y el porvenir de la pobre Yvona habríase visto seriamente comprometido.

Tampoco ignora el lector que viendo el marqués que no acababa de llegar nunca el enviado que le anunciara Kenec, resolvió ir él personalmente á Bretaña, como lo hizo, para oír de la boca misma del ex mayordomo, el relato circunstanciado de la muerte de la baronesa.

Sólo nos resta pues referir de qué modo el propio marqués, Ali-Akmet, y las demás víctimas del conde de Corpo-Santo hubieron de proceder para asegurar la venganza de los crímenes hasta entonces impunes, ya que la identidad del criminal les era bien conocida. Si alguna duda hubiera podido caberles acerca de ella, Jaime la hubiese desvanecido.

En efecto, cuando el joven bretón recobró el sentido

en el cuarto de Amy, lo primero que vió fué la navaja encontrada entre los pliegues de su camisa. Sin que nadie le preguntara, dijo :

— Ese cuchillo es el mismo que agujereó el cráneo de tontón Kenec... ¡ Ah, si llego yo á saber quién era el hombre de esta mañana !...

II

LA CONFESIÓN

Han transcurrido cuatro meses desde la noche de la mi-carême y los acontecimientos narrados en la segunda parte de este libro. Aun no había tropezado la justicia con el terrible americano á quien el terror popular bautizara con el mote de *El carnicero de mujeres*; pero París sin embargo recobraba la calma perezosa que precede y sigue á sus días de fiebre. Las mujeres del mundo alegre, olvidadas del miedo que las sobrecogiera algún tiempo antes, entregábanse ya de nuevo, sin la menor aprensión, sin adoptar ningún género de precauciones, á su lucrativo comercio. Era de suponer que el terrible vampiro de lágrimas y de sangre femenina que hiciera temblar durante todo el invierno á lo que ciertos amables cronistas designan con el nombre de batallón de Venus, que constituye un elemento obrero de la colmena parisiana y no de los menos laboriosos, había puesto al fin término á sus criminales empresas. Parecía como si el asesinato de Julieta la Camarona, su víctima del Gran Hotel, hubiese satisfecho, temporalmente al menos, las brutales pasiones del monstruo, puesto que, no obstante la tranquila libertad en que le dejaba la policía, acordábase indudablemente largo tiempo de reposo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO.